

RECUERDOS DE LO PASADO.

Pasa el tiempo veloz y en su carrera todo lo destruye bajo su tenebrosa planta, sin que á veces ni los recuerdos queden de lo que fué. Todo lo consume en su curso; hombres, pueblos, naciones que han brillado un momento cual meteoros celestes, para despues sepultarse en el hondo abismo de la nada de donde salieron. Grecia bárbara y supersticiosa, queriendo penetrar lo futuro por sus oráculos y apesar de sus juegos públicos en honor de los Dioses, succumbió al peso del tiempo y no existe ya.

Esparta, la guerrera cuanto ignorante Esparta, modelo de costumbres frugales, de sencillez y de virtudes, ¿dónde está? ¿Donde la ingrata Atenas con sus bárbaras leyes de ostracismo? ¿Donde el sabio Solón y el tímido Licurgo? ¿Qué se han hecho los tiranos de Atenas, Hiparco é Hipias? ¿qué los héroes de ella Harmodio y Aristogiton? Leyes, costumbres, todo se consumió por el inevitable curso del tiempo. Tebas salió de la obscuridad elevándose sobre las ruinas de Esparta y Atenas; pero bien pronto se igualó con ellas sin que pudieran evitarlo ni el atrevimiento y valor del ilustre Pelópidas, ni la constancia y desición del valiente Epaminondas.

Recuerdos solo han quedado de estas naciones que mirándose poderosas y en todo su esplendor, despues son miserables esclavas del rey de Macedonia que les concede por gracia sus gobiernos, independientes en la apariencia pero sojuzgados en lo mas pequeño, permaneciendo dominadas por una serie de monarcas opresores. ¿Qué se hizo Alejandro el grande hijo de Felipe de Macedonia conquistador de la Grecia; aquel Alejandro que al conquistar la Persia en los primeros combates mostró un carácter humano; pero que deslumbrado con las victorias del Gránico é Iso y dejándose arrastrar de sus pasiones violentas, al fin borró esta virtud anterior con la sangre de ocho mil habi-

tantes de la heroica Tiro que resistieron á su ambición? Pagó como todas las cosas el tributo natural y murió en Babilonia, desengañado de que no lo habian destinado los Dioses á la soberanía del mundo habitable, como él creyó alguna vez.

El tiempo nada respeta; tan pronto muda á las naciones de la opulencia á la esclavitud, como desaparece á vencidos y vencedores por su mano destructora.

En vano busco á Roma Señora del mundo, admirable y soberbia; aquella Roma en todo extraordinaria, fundada por aventureros y emigrados y al parecer imposible de subsistir en su principio, sin prestigio y débil, en medio de naciones devoradas por la sed de las conquistas, pero que á poco tiempo se levanta como un gigante asombroso y conquista á Italia y á Cartago. Se mira opulenta bajo sus reyes, firme en todo su apogeo durante su republica y espirando en el imperio. ¿Y ahora que encuentro en su lugar? Aquel coloso formidable que cayó bajo su propio peso, desgarrándose el mismo las entrañas y que moribundo envuelto en ruinas, solo manifiesta lo que fué en un tiempo. Pirámides mutiladas, edificios que en sus restos indican su antigua grandeza, escombros por todas partes y todo destruido por el irresistible curso del tiempo.

Tal es la ley de lo que existe, ser y no ser; levantarse del polvo para volver á su origen de donde fueron formados; nada es estable, todo perece por el yugo forzoso del tiempo. Lo que tuvo principio debe acabarse, lo que crece es necesario se envejezca y lo que nace muere. Dentro de poco, tal vez mañana no existiremos ni nuestra patria, por que es inevitable obedecer las leyes de la naturaleza.

MIGUEL BUEN-ROSTRO.



SEUDONIMOS.

COSTUMBRES LITERARIAS.

A poco que se examine la naturaleza del hombre observando cuidadosamente sus acciones, se convencerá cualquiera de una verdad que á primera vista no lo parece tanto.—La de que de los animales de imitación el hombre es el primero, incluso los monos, tenidos hasta hoy como los imitadores por excelencia. Tanto mejor, pensarán algunos, de esa manera se imitarán los buenos ejemplos, las buenas acciones, se perfeccionarán las ciencias, las artes. Nada menos que eso. Porque el hombre imita, es cierto; pero raras veces lo bueno, y lo indiferente ó lo malo con frecuencia. Propensiones son estas como las de los otros animales, invencibles: el pájaro canta, salta el cabrito, ladra el perro, y de la misma manera el hombre imita, sin que por eso deje de hacer las funciones y oficio de los otros, pues á veces ladra y quizá muere.

Partiendo de estos principios que he colocado á manera de introito, veamos algun caso en que se manifieste claramente la manía de imitar que suele ocupar los cerebros. Ciertamente que en nadie se ve mas pronunciado al mismo tiempo que mas inútil el prurito indicado que en los periodistas novicios ó aspirantes. Por supuesto que nunca, ó rarísimas veces si acaso, se cuele un prójimo en la redacción de un periódico, sin haberse dado á conocer ántes con alguna produccioncilla que generalmente es en verso. Hecho esto y tomada su resolución de lanzarse á la gloria, por el camino mas corto, es decir, el periodístico, elije periódico, se le propone y admite como redactor, y héteme al mozouelo (por que hoy día la mayor parte de los periodistas son chicos, ¡Progreso del siglo!) que no se cambia por un Bonaparte. Esta primera entrada envuelve ya un rasgo brillante de imitación, y consiste nada ménos que en ser periodista, oficio muy del gusto del día en que nacen escritores como bellotas. ¡Todo el mundo escribe!

El primer pensamiento del neófito es el mismo que ocurrió al hidalgo manchego, la necesi-

dad de tomar un nombre, porque la moda exige que todo periodista tenga dos, y él no cuenta sino con el suyo, que no es mas de uno, y quizá no muy poético que digamos.

Esta necesidad imperiosa de tener dos nombres depende del uso.

Quia pones arbitrium est, etc.

Porque hay artículos, los serios generalmente, que se firman por lo comun con el nombre propio; por ejemplo: „*Braulto Cachierino*,“ y otros, los jocosos; los de costumbres, (que tambien es moda escribir de costumbres,) se firman con el postizo; *verbigratia*: „*El Charlatan*.“ A este nombre postizo que cualquiera llamaria de este modo, se le da el pomposo título de *seudónimo*.

Dando que haya, como desgraciadamente hay en abundancia, usos necios, este es á mi entender, uno de ellos, y maldita la pizca de utilidad que tiene. Generalmente cuando se adopta un nombre falso, se hace con el objeto de ocultarse, lo que no se conseguiria con el propio, y de ahí resulta que cuando con tal designio se toma nombre supuesto, se ha hecho una cosa racional; pero los periodistas al elegir *seudónimo* no tienen embarzo en decirlo reservadamente á todo el mundo, de manera que nadie ignore la correspondencia entre ambos nombres, el propio y el fingido, resultando, que es lo mismo que si no firman con *seudónimo*, sino con su nombre y apellido, de que infiero ser inútil, y necio el tal uso.

Mas es preciso adoptar, porque otros, y no pocos lo han hecho y quizá creen algunos que si aquellos han escrito bien y han adquirido fama y renombre, ha consistido únicamente en el *seudónimo*. Creen á este desde luego la vara de virtudes con que se consigue redactar artículos como Larra y Mesonero, la piedra de toque que gradúa los quilates de un escritor, y así como para escribir se habian de poner previamente á estudiar gramática ó cosa semejante, se devanan los sesos por inventar un bonito nombre que poner al pie de sus artículos.

PENSAMIENTOS.

¿Lo encontraron? piensan haber hallado un tesoro, se creen sin rival y consideran á Figaro comparado con ellos, como chico de escuela. ¿Qué han menester en efecto para llegar á Figaro? Nada, la instruccion y talento que es lo ménos, y lo mas importante, lo que es absolutamente imprescindible, el *seudónimo*, ya lo tienen. Se sueñan escribiendo á derecha é izquierda, á todo el que los critica llaman necio, al que no los aplaude ignorante, y con su poco de desfachatez, fruta que abunda, suelen pasar entre los no muy avisados por hombres de conocimientos y de agudo caletre.

Es verdaderamente desgracia lamentable, que el cargo de periodista, para desempeñar el cual con mediana conciencia, se necesita talento é instruccion, esté, ordinariamente entre nosotros, en manos de rapazes que acaban de levantarse de los bancos de la escuela. Es sin embargo, inevitable, por que los hombres que pudieran escribir y enseñar, ni escriben ni enseñan, y pues el público necesita leer, preciso es ministrarle pasto. Si cierta clase de hombres se lo ministrara, gustaria manjares esquisitos. No es culpa nuestra darle bellotas, por la razon sencilla de que jamas ha producido el encino otra cosa, y tendrá que conformarse con ellas.

Volviendo al cuento de la imitacion, pareceme venir al caso una observacion que otras veces he hecho. Dije al principio que era invencible el deseo que los hombres tenían de imitar, pues bien, tan cierto es esto, y son tan incorregibles á veces, que aun cuando se persuadan de lo pernicioso ó inútil de un uso, lo adoptan, solo por que otros lo adoptaron, conocen el mal, tal vez lo critican y no huyen de él. ¿Que cierto es y que uso tan frecuente tiene en el mundo aquello de

Vicio meliora, proboque, deteriora sequor!

Y para que se vea que no hablo sin fundamento, presentaré un ejemplo cercano. Considero ridiculo y necio el uso de *seudónimos*, de modo que no escriban sino los que tengan cierto fondo y rob inconsecuencia de la especie humana! sin tenerlo, escribo que es un gusto, y á pesar de mis creencias y de ver el mejor camino, sigo el malo, por donde han ido todos, sigo el ejemplo de los borregos, que pasan por donde los demas pasaron, y desatino á destajo, y escribo de costumbres, y tengo un *seudónimo angelical* con que he firmado algunos artículos, y con que he resuelto firmar este.

QUERUBIN.

El hombre de genio desigual sufre mucho y á todo' el mundo incomoda.

Cuando un hombre ambicioso no puede elevarse á la altura de los otros, procura abatirlos para igualarse con ellos: esto hacen los críticos, que envidiosos del mérito ageno, que nunca serán capaces de adquirir, procuran empujarlo, haciéndose mas despreciables con la vana presuncion de consejeros hipócritas, que no saben disimular la envidia que les roe el corazon, cuando oyen una alabanza que nunca podrán alcanzar.

Nunca le he pedido á Dios talento para desempeñar mis negocios; sino fortuna para salir bien de ellos.

El que se duele de la desgracia agena, aunque olvide las propias, no puede ser feliz: por eso un cristiano, solo está satisfecho en el cielo.

Aquí tengo la vida de un hombre, decia un soldado cargando su fusil, ¡cuántos tendrán en su mano la mia!....

Antes para afirmar que una cosa era buena, se decia: *sic voluerunt priores*; mas hoy es necesario decir *ceci est á la dernière*.

Ninguna cosa me causa mayor pesadumbre que ver un buen libro en manos de un necio; y la razon es clara: ¡un asno dejará de serlo, porque en vez de comer paja se alimente con flores?

¿Qué cosa es el matrimonio? ¿la vara de espinas con que hacemos nuestra corona para llegar al cielo, ó la corona de flores con que nos cinge la fortuna? ¿el lazo que une y asegura al hombre con la sociedad, ó la fuente de sus ambicion y de sus crímenes? Algunos dicen que es una guirnalda de rosas, de cuya hermosura gozan los que nos rodean, y cuyas espinas puzan á la misma frente que adornan.

Ni ruegues á la muger que te desdenea, ni desprecies á la que te manifiesta su amor; á la primera tendrás que comprarlo muy caro sus favores: con la segunda tendrás una enemiga mortal ó una victima.

¿Quién es mas necio, el hombre que enamora ó la muger que consiente?

El que conoce cuanto pesa la carga de un hijo, es el único digno de gozar la dulzura del matrimonio.—ISAC.

A UNA NIÑA. (1)

JUEGA alegre, niña hermosa; ahora la ventura goza con que te brinda el candor: Ahora festiva, halagueña, el mundo mira risueña sin que te agite el dolor.

Goza de la edad florida en que es para ti la vida un delicioso placer.

Pobre niña! tu alegría, una noche turbia y fria feroz vendrá á oscurecer.

Esa juventud lozana de su abril en la mañana, cual la flor, se agostará.

Entonces huirá de tu alma la dormida dulce calma y tu beldad pasará.

Y sola tú, abandonada, á tu dolor entregada, ni un amigo encontrarás.

Entonces los dulces días, las pasadas alegrías, con dolor recordarás.

Mansa deja correr la dulce vida y goza los placeres que te ofrece: el sueño duerme de la edad florida en que tu alma suave se adormece.

Que vendrá un fatídico mañana, y cruel tu contento turbará: se llevará la juventud lozana, llanto y hastío, tan solo dejará.

Tal vez astuto y lisongero amor reshalará en tu pecho candoroso, y gustando al principio su sabor un momento tendrás plácido gozo.

Un momento ligero, que pasado arrastrará consigo tu alegría; y aquel dulce placer verás borrado que tu ilusion eterno te flingia.

Veráslo ¡ay! que breve, sin aliento, huyéndose veloz va á confundirse, y cada instante llevará un contento, é irá con él en un abismo á hundirse.

Entonces sola, triste, confundida con esa turba hedionda de mugeres, perderá tu alma la ilusion querida, y te serán esquivos los placeres.

En vano correrás tras el consuelo, que infeliz no hallarás aquí en la tierra, y aquel que tu virtud arrojó al suelo, te moverá tirano cruda guerra.

Hasta que al fin de padecer cansada, reposarás bajo la triste losa: no será de una lágrima regada, no adornará tu tumba ni una rosa.

Puebla, Febrero 2 de 1844.—ANDRÉS NIETO.

[1] Dias ha que nos fué remitida esta composicion del Sr. Nieto, miembro de la *sociedad literaria* de Puebla pero el recargo de material que hemos tenido en los números anteriores nos ha hecho diferir hasta ahora su publicacion. La insertamos con gusto dando las mas esquivadas gracias á su jóven autor y exitándole á que continúe pulcando su lira de que creemos sacará dulces sonidos.



DON MALAQUIAS.

Decrepid miser, base, ignoble Wretch!
Decrepid avaricious, gente inoble y vill!
Shakespeare

Conoceis por ventura (quise decir por desgracia) al celeberrimo Don Malaquias, á quien suele llamar la gente el *rostrienjuto*? Es un viejo que está desmoronándose, y aunque él solo confiesa que tiene un pié en el sepulcro, yo digo, y así es la verdad, que está ya sumido en la luca hasta el cogote. Figuraos un ente que en un tiempo fué hombre y que ahora es un armazon de hombre solamente; que no se sabe á cual siglo pertenece, porque vivió del pasado tanto como de éste; que no tiene muger, ni hijos, ni aun perros, pues dos que tuvo, ladrando de hambre se murieron; que no conoce en fin en su asquerosa vida, otro gusto que el sorber un poco de tabaco hediondo, y estoy por decir que si hace esto es solamente por ahuyentar la palomilla que le va dejando hueco como judas de carton. Esto nada tiene de extraño si se considera que el alimento de D. Malaquias consiste en torta de *popotes*, y lengüeticas, no de ave ni de cuadrúpedo, sino de las que se dan en las acacias. Su caudal es inmenso; pero tan lejos está de ser dichoso y de vivir tranquilo, que al punto que alguien se le acerca, se estremece todo y su primer impetu es decir: "*Perdone V. por Dios*" porque en cada sombra cree ver algun necesitado que conspira contra su bolsillo, así es que cuando sale á la calle, mira desasosegadamente á diestra y siniestra y anda siempre huyendo á guisa de perseguido malhechor. Si queréis verle mohino y aun fuera de sí, decidle no mas que puede sacaros de un aprieto, y os pintará con colores tan vivos su indigencia que os veriais tentado de socorrerle á no ser porque su catadura verdaderamente diabólica espanta mas bien que inspira compasion. La economia de este fósil (ha empezado á petrificarse por el corazon) es tan estricta ó mas que la de aquel que iba en persona al mercado á comprar huevos provisto de un aro de cierto diámetro en que los media, y que jamás puso tildes sobre la letra á por no desperdiciar la tinta.

Fuerza es confesar que si el horrible aspecto

de este original (de que hay tantas y tan buenas cópias) poco ó nada tiene que ver con su avaricia, ambas circunstancias reunidas hacen de nuestro enjuto y mal acondicionado macabeo un ente despreciable y odioso. Porqué pues se le trata con tanto miramiento aun en el seno de la mas culta sociedad? Porqué le hacen profundas reverencias aun aquellas personas que ni remotamente pueden necesitar de él, y que no ignoran que es incapaz de prestar servicio alguno? Homenajes al parecer tan espontáneos y tan generales creo que solo se debian rendir al saber ó á la virtud; sin embargo acontece todo lo contrario. Razon de sobra tuvo el Arcipreste de Hita para decir hace cosa de quinientos años.

"Yo ví en corte de Roma do es la Santidad"

Que todos al dinero facen grand homildat

Grand honra le facian con grand solemnidat

Todos á él se homillan como á la magestat.

Por todo el mundo anda su sarna é suaña;

Do el dinero juega allí el ojo guña.....

¿Sabeis lector como me figuró los adentros de D. Malaquias? Pues bien, en el interior del Judas hueco que ya dije, imagináis que veis colgada una telaraña que es su alma, y en el lugar que debía ocupar el corazon, una onza de oro del cuño de Fernando VII. Si se me preguntara ¿qué mal me ha hecho esta momia ambulante, que la doy tan cruel trato? yo responderia que nunca hizo el menor bien, que veria espirar de hambre á un semejante (que digo semejante) á un hombre, antes que alargarle una mano y socorrerle. Su corazon es tan duro como su oro y si acaso palpita alguna vez, será cuando se vea forzado á soltar un maravedí. ¡Desventurado! á pesar de haber vivido tanto, no conoce que él mismo, su rapé sus doblones, y todo cuanto en el mundo existe á no ser el talento y la virtud, es polvo.

MALAESPIÑA Y BIENPIÑA.

MODAS.

VESTIDOS DE NIÑOS.

ALGUNAS veces he tomado ya la pluma para la mitad mas hermosa del género humano, porcion encantadora tan digna de consideracion y respeto, que por muchos que sean los obsequios que se le tributen, mas merece, y para quien quisiera tener brillante ingenio y seductora gracia. Entonces mis articulos serian ofrenda digna; pero ya que al cielo no le plugo concederme tales dotes, preciso es que se contenten con lo que puedo darles, y que admitan con agrado mis producciones, si no por su mérito, á lo ménos por su intencion.

Como para que haya hermosura es precisa la variedad, y siempre los contrastos producen contento, he preferido para el número de hoy un figurin verdaderamente infantil, que aunque no contiene ningun traje de señora, tiene sin embargo demasada conexon con ellas. Pertenece esclusivamente á las mamás y á las hermanitas.

Después de los tiempos tormentosos que acabamos de pasar, tiempos en que la alegría se semeja muy bien á un frenesí, y en que se apodera un verdadero furor de los cerebros, despues de escenas bulliciosas y ardientes, viene en mí concepto perfectamente un cuadro plácido y risueño como el arroyo que corre por un prado, como los juegos inocentes de un niño.

A ellos va dedicado este artículo, á esos hombrecitos en miniatura que forman la delicia de una familia y las esperanzas de la sociedad. ¡Con qué ternura he mirado siempre á los niños! ¡Cuántos dulces recuerdos se despiertan en mí mente al presenciar sus juegos, al mirar sus ojitos brilladores y sus redondas mejillas! Lo presente es su vida, y en nada cuentan lo futuro; su felicidad consiste en un papelote ó en un trompo. Pero la infancia se desvanee como el humo, y la juventud viene á arrancar al niño la apacible ventura que gozaba. ¡Cómo echo ménos los tiempos en que con otros amiguitos, jóvenes tambien hoy, retozaba contento sin pensar en nada, latiendo igual y tranquilo mi corazon, y despues fatigado y sudando me dormía en el regazo de mi madre!

Mas estos son recuerdos en que nadie toma parte, que quizá á nadie importen, y que tienen

sobre todo el defecto de ser inoportunos. Me limitaré, pues, á dar la explicacion de la estampa.

La primera figurita de la izquierda que representa un niño que fatigado de brincar descansa en el banco de un jardin, (observen vds. qué robusto y hermoso, y como se ve pintado el contento en su rostro), tiene una levita de *merino* con adornos de cordón y botoncitos en el pecho y en la parte superior de las mangas, que como se ve, son mas anchas arriba. Sujeta su cintura un grueso cordón de seda con borlas, á que se da el nombre de *Cordillera*, y un cuellito redondo y pequenito, forma precioso juego con la levita. Pantalón ancho de dril blanco, botincitos color de tierra y un sombrero redondo de paja con cordones y borlas de color de la levita. Si es blanco el niño que la lleva, debe preferirse el azul celeste ú otro color claro, y en caso contrario son mejor los oscuros.

El rapuzelo que se encuentra al pié del árbol tiene tambien una levita de *muselina de lana* ó bien de *merino* guarnecida de grueso cordón de seda sujeta con una *cordillera* como la del anterior; pero lo que hace notable este traje es una especie de esclavina que se llama *peregrina* á la *Arzobispo*, con una pequenita y graciosa vuelta en el cuello. Una serie de botoncitos cierra la levita por el frente, y es indispensable acompañarla de un cuellito blanco como manifiesta la estampa. El pantalón y los botines iguales á los que lleva su travieso compañero, y en vez de sombrero una cachucha de *escocés* con borla de seda y visera charolada. El caballo largo y rizado.

El vestido de la rolliza y juguetona chiquilla de la derecha está formado del género de cuadros llamados *escocés*, guarnecidos el pecho y las mangas, que son cortas y un poco anchas, de botoncitos. Un grueso cordón de seda cine su cintura, y ocultan sus pequenitos y torneados brazos unas manguitas blancas con blondita en el puño, igual á la que circunda el cuello del vestido. Botincitos de cuadros completan su sencillo arreo, y el cabello que suelto y rizado cae por los lados y en rededor de su garganta, da á su semblante infantil y gracioso cierto dulcé

atractivo, símbolo de lo que será en lo futuro.

Un surtido abundante de *escoceses, merinos, muselinas de lana etc., etc.*, se encuentra en el *Correo de Modas*, (1) tienda de Mme. Gourgues, así como gran variedad de sombreritos, cachuchas, y en general cuantos adornos de buen gusto pueden apetecerse para los niños.

Habrà parecido extraño que vaya casi concluyendo mi artículo sin chistar palabra acerca de la figura mas prominente de la estampa; pero no ha sido ciertamente olvido; sino que la tal figurita, término medio entre jóven y niño; chicuelo con pretensiones de hombre, que se pone tieso y quiere ser formal, bulléndole aun la sangre al ver jugar á otros chicos, no pertenece ya á la jurisdicción de Mme Gourgues, y aunque su traje es sencillo, si los hay, debo para explicarlo buscar otro *Cicerone*. Los señores Cussac y Gaillard (2) cuya pericia en el arte nadie ignora, poseen en su establecimiento una multitud innumerable de paños, casimires, driles, piques, sedas, terciopelos, etc., y nadie mejor que ellos tiene el secreto de cortar con donaire y gracia, y de dejar siempre contentos á sus numerosos y elegantes parroquianos. Dos son las piezas principales de que consta el traje que me ocupa, pantalon de dril listado, de forma sencilla y elegante y chaqueta de paño con lijera vuelta. La forma mas en uso hoy para esta pieza del vestido, es la que representa la estampa, prefiriéndose, sia embargo, la solapa mucho mas ancha, y llevándose de ordinario el cuello cubierto de seda lisa y opaca. Suele ponerse á las chaquetas, especialmente para los niños, cuello derecho, lo que las hace tambien sumamente graciosas, y en ellas se manifiesta la destreza del sastre. La eleccion de esta ó de la otra forma, depende del gusto ó del capricho, pues siendo ambas bonitas, pueden decirse variantes, que en nada perjudican al testo.

Los colores dependen tambien del gusto par-

- (1) Calle 2.ª de Plateros núm. 2.
- (2) Calle del Espíritu Santo.



ticular, y deben elegirse análogos á la tez del portador: son sin embargo, muy bellos y de mucho gusto el azul claro y el café.

Para los niños de cierta edad deben proscribirse en lo absoluto las corbatas propiamente tales, porque dan al cuello y á la cabeza un aspecto de tirantéz que espanta, haciéndola semejante á un retrato del siglo XVII. Deben pues, substituirse con una lijera mascarada de seda, anudada graciosa y descuidadamente, por que al paso que corresponde á las mil maravillas con el resto del traje, da cierta flexibilidad al cuello, dejando libres los movimientos de la cabeza, tan necesarios en todos, y especialmente en los niños. Ricas felpas y variadas formas para sombreros de hombres y niños se hallan en la tienda de Mr. Ancessy (1) sujeto de tino especial en el ramo. El cabello debe llevarse un poco largo y rizado, para lo que recomiendo á Schallier, (2) y por último, acompañan á este traje guantes de cabritilla, absolutamente de rigor para la gente jóven.

Mas largo quizá de lo debido ha estado el artículo de hoy, pero insensiblemente me he detenido en descripciones minuciosas, que ya que no divertidas, tendrán tal vez algo de útiles, y que en mi concepto no debe omitir el que escriba de modas, pues es lo que constituye la esencia de tales escritos. Habré probablemente fastidiado á algunos, habré contentado á muy pocos. No podia esperarse otra cosa, aunque no fuera mas que por el dicho de La Fontaine

...est bien fou du cerveau
qui prétend contenter tout le monde....

Perdonen vds. la pedanteria. A los primeros les pido dispensa, y henchido de gozo que dará mi corazon con la aprobacion de los segundos, especialmente si entre ellos se cuenta alguna de las bellas suscriptoras á quien dedica sus desvelos

QUERUBIN.

- (1) Portal de Mercaderes.
- (2) Calle 2.ª de Plateros.

¡ Adios ch patria mia !

BARCAROLA

Letra de D. Ignacio R. Galvan.

Música compuesta para el Liceo por el Sr. D. Juan W. de Joles

ALL' MODERATO

Legato assai

p

f

p

SOPRANO

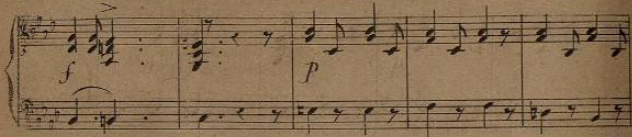
ff

A le gre el mar!

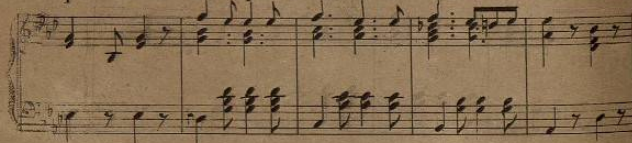
ne... co con voz pausada can... ta yel an cla ya... le van... ta con



es traño ru mior de la ca de na al gol pe me agi la penam



pi... a A dios oh patria mi a a dios tierra de amor dios a



dios tierra de amor a dios a dios tierra de amor mor



ADIOS OH PATRIA MIA (4)

A MIS AMIGOS DE MEXICO.

ALEGRE el marinero
en voz pausada canta,
y el ancla ya levanta
con extraño rumor.

De la cadena al ruido
me agita pena impía.
Adios, oh patria mia,
adios tierra de amor.

El barco suavemente
se inclina y se remece,
y luego se estremece
á impulsos del vapor.

Las ruedas son cascadas
de blanca argentería.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

Sentado yo en la popa
contemplo el mar inmenso,
y en mi desdicha pienso
y en mi tenaz dolor.

A tí mi suerte entrego,
á tí, Virgen María.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

De fuego ardiente globo
en las aguas se oculta:
una onda le sepulta
rodando con furor.

Rugiendo el mar anuncia
que muere el rey del día.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

Las olas, que se mecen
como el niño en su cuna,
retratan de la luna
el rostro seductor.

Gime la brisa triste
cual hombre en agonía.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

Del astro de la noche
un rayo blandamente
resbala por mi frente
rugada de dolor.

Así como hoy la luna
en México lucía.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

¡En México!... ¡Oh memoria!...
¡cuándo tu rico suelo
y tu azulado cielo
veré triste cantor?

Sin tí, cólera y tedio
me causa la alegría.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

Pienso que en tu recinto
hay quien por mí suspire,
quien al oriente mire
buscando á su amador.

Mi pecho hondos gemidos
á la brisa confía.
Adios, oh patria mia,
adios, tierra de amor.

A bordo del paquete Vapor Teriot, navegando de la Baliza de Orleans á la Habana.
Domingo 12 de Junio de 1842.

IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.

[1] Con el mayor placer insertamos los sentidos versos de nuestro malogrado poeta Rodríguez con que se despidió para siempre de una patria querida que aun lo llora. Al insertarlos, puestos en música por el hábil profesor D. Juan N. de Retes, creemos hacer una ofrenda á la grata memoria de Rodríguez y tributamos al mismo tiempo las mayores gracias al Sr. de Retes que supo expresar en sus melancólicas armonías, el último pensamiento que consagró á su patria y sus amigos nuestro poeta.—R.R.

EL HOMBRE SENSIBLE.

Sein Herz brannte zugleich von
einem zürnenden Abscheu vor den
Menschen, dessen nur diejenigen fähig
sind, welche die Menschheit lieben.

Y ardió al punto su corazón y obohinó de los
hombres; afecto de que únicamente es suscepti-
ble el amante de la especie humana.

[WIELAND] AGATHON.

Hay un linaje de hombres en la tierra, que no sé si llamar desdichado ó feliz, y que parece haber venido al mundo tan solo para sentir y padecer. A diferencia de sus demas hermanos, si así pueden llamarse unos seres que solo les semejan en la forma, y las debilidades naturales, nada tiene su existencia de monótono ni artificial: de suerte que la vida es para ellos una continua disyuntiva entre el placer mas dulce y la amargura mas atroz: porque en efecto, ¿qué puede el arte ni la fuerza del hábito, donde únicamente predomina el corazón? Dotados además, por la naturaleza, de una sensibilidad tan exquisita, que el mas ligero choque conmueve sus fibras y las hace vibrar todas hasta lo íntimo del corazón: ¿por qué desgracia se miran destinados á vivir en contacto con otras criaturas que llevan la insensibilidad retratada en la frente, y cuya imposible mirada les causa á cada instante una dolorosa impresión? Hombres sensibles, cuyos corazones rebosan en benevolencia y ternura, ¿no me diréis qué habeis sentido, cuando por desahogar tan nobles afectos, estrechásteis una mano de hielo que entumeció la vuestra y encontrásteis una mirada de estatua en pago de otra que brotaba amor? No es el orgullo, no, el que hace estremecer vuestros miembros en tales ocasiones; es la sorpresa que os causa ese mortal despegó, ese cruel desamor; porque en cada hombre creisteis encontrar un hermano, porque levantando al cielo vuestros ojos, implorais cada día por todos la bendición del Padre comun. ¡Ay de mí de los labios de algunos mana á veces una amarga sourisa que para el hombre sensible es veneno mortal, que inficionando las fuentes de su vida, le corroe violentamente el corazón. ¡Viéraisle entonces cuán postrado se halla; cómo se doblega su cabeza al peso del do-

lor; las fuerzas le abandonan, se entenebrece sus ojos y su mente, y ni aun le queda espíritu para pedir el auxilio de su Dios!

„Si mis semejantes padecen, dice, luego padecéis tambien mi corazón, luego enturbia mis miradas el pesar; mas si yo sufrí, sus ojos quedan enjutos y brillantes, tersa su frente y sus mejillas no mudan de color; en torno mio todo es yelo, y un fuego abrasador dovora mis entrañas. La aterradora idea de la muerte, que no hace mucho embargaba mi ánimo, que me ponía trémulo y bálbuciente de terror, ¿por qué asoma ahora en mi agitada mente, cual aparece un plácido arroyuelo al sediento viajero, allá en los confines del desierto? Sí, como una fuente en que se purifica y refrigera para entrar luego en una region nueva y deliciosa. Yo me siento ébrio de vivir; porque en verdad, ¿qué otra cosa es la vida sino un pantano inmundo en que á cada paso que damos, á cada movimiento que hacemos nos sumergimos mas y mas en el fango? Nadie, nadie hay bastante poderoso en la tierra para sacarnos de tanta fetidez, sino la muerte, la piadosa muerte que nos viene del cielo. Díez ó veinte años mas de vida, ¿qué vienen á ser? otros tantos granos mas de arena en la ampollita.—¿Cuán brevemente se deslizan! Si es la tierra nuestra madre comun, ¿cuan dulce no sería bajar á su seno! El seno de una madre, ¿pudo jamas inspirar horror á su propio hijo, que apetece el sueño y el descanso? Siento que mi espíritu combate por verse libre de su estrecha prision, volar quiere á su Padre, al único que ama y bendice á toda la creación...”

„La que con mano cariñosa me condujo por el vergel de mi infancia, aquella cuyos ojos radiaban de alegría ó derramaban lágrimas, según que en mi frente estaba pintado el gozo

ó el dolor: la que con solo un beso calmaba el fuego que brotaba de mis sienas, la que hubie-
ra espirado si antes que ella hubiese yo bajado á la estrecha morada de los muertos, y cuya sola imagen me trae la memoria, la beneficencia, el sublime candor, mi madre en fin, mi dulce madre—ya no existe.”

„El que llenó mi mente para que no se extravíara en el tenebroso laberinto de las pasiones; el que con sabia mano arrancaba de mi corazón la simiente del vicio, antes de que echase raíz, y procióro desarrollar el gérmen de las virtudes que mi tierna madre depositó en él, mi guia mas seguro, mi mas probado amigo, mi ángel tutelar, mi padre; y ¿quién sino mi padre?—ya no existe.”

„Cuando vuelvo mis ojos á lo que llevo andando del áspero sendero de mi vida, veo dos hondas huellas que marcan mis dos mayores infortunios: la pérdida de los dos seres que mas me han amado desde que fui arrojado á las playas de la tierra. ¡Ay de mí! cuando paro mi mente en esta consideración, discurro por mis miembros un frio mortal. Fuerza es llorar en el mundo; y ahora ¿quién enjugará mi llanto?”

Pero ellos velan sobre mí;—y aunque á mis ojos parecen sin limites el espacio y el tiempo que de ellos me separan, mi razon me dice que solo Dios es infinito; que solo la eternidad es inmensurable. Ah! cuán consoladora es esta ideal la hija sublime de nuestra sacrosanta Religión, la Esperanza, vierte en mi alma un bálsamo que cicatriza todas sus heridas; sí, la Esperanza, que cuando el mortal baja al sepulcro, lejos de abandonarle, se reclina sobre la losa que cubre sus cenizas para no separarse de él jamas.—Mis miembros amortiguados recobran su vigor, no de otra suerte que como cuando el rocío de la mañana endereza sobre su tallo al místico lirio, cuyo cáliz yacía inclinado á la tierra, sobre el seno de la madre que le dio color y vida, y que no fuera poderosa á conservárselos, si el Padre de los seres todos no enviase el rocío á la flor, así como derrama en el alma del hombre la esperanza.”

„Ah! si me fuese dado trasladarme á un sitio que el hombre no hubiese contaminado con su aliento; y allá, en medio de las selvas contemporáneas del mundo, meditar sobre la inagotable bondad del Ser increado! ¡Qué silencio tan sublime el de los bosques! El tiempo mismo por no interrumpirle, detiene sus pisadas.—Oyense distintamente aun las ondulaciones de la candida azneca que hace mecer en su tallo el tímido vienteillo que al través de la espesura se desliza.”

„Cuando contemplo al luminar del mundo que poco antes de trasponerse, aparece en el confin lejano, como sumergido en una catarata inmensa de fuego líquido; cuando elevó mis ojos al espacioso firmamento en que se ven las estrellas cual fragmentos diseminados de un sol único é inmenso que baña un día con su lumbré á la vasta creación, cuando vieno á refrigerar mi alma la violada luz de la luna, la única luz que no ofende á los ojos bañados en llanto, la que mas miedo pone en el corazón del hombre criminal, la que hace en fin, que las estrellas como corridas se cubran de un diáfano velo, porque descorrido el cortinaje de oro, se muestra la reina de la noche, asentada sobre su trono de alabastro; cuando tal veo, ¡Dios mio! hasta la médula de mis huesos penetra la delicia del vivir, amo deveras la existencia, bendigo al que me hizo tan precioso don.”

„Al malvado toca, pues, huir de los hombres, no á sus victimas;—y es verdad que huyen los malvados,—pero no que buscan, ni menos que aman la siempre apacible soledad.—¿Veis aquella nubecilla de rojo tan encendido, que cual banda de flamenco se desliza hácia el zenit? en breve rato la vereis envuelta en negro humo, cual hoguera al extinguirse, y notareis cuán lentamente va estendiéndose, y que al fin queda todo el azulado firmamento cubierto de un pardo capuz. Muda está la naturaleza,—cual hija obediente que se dispone á ejecutar las órdenes de su Padre y Señor.—En la espesura de las selvas déjase ver un hombre que camina con paso vacilante, forva es su frente, su ceño aterrador; su negro cabello flota á impulsión del viento que empieza ya á silvar; de sus hundidos ojos brota espanto; que la cercana tempestad le tiene sobrecogido de terror. El ronco mugido del toro, la atronadora voz del huracán que azota contra el suelo al empinado cedro, y arranca de raíz á la robusta encina; el retumbo del rayo, la lucha en fin, de los airados elementos, hacen que el río, en vez de anonadarse, exhale con voz rüegiente una execrable imprecación.... El brazo del Señor se arma de ira, y su omnipotente dedo, escribe con fuego líquido sobre el manto renegrido del cielo.—„Maldición al impío—maldición.”—Pasó el relámpago.... ¿Dó se esconde el maldito de Dios?—Ah! miradle ahora,—yer-
tos yacen sus miembros destroncados, estampada está en el cieno su vil faz.... ¡Ah mi Dios! Si la magnificencia de tus obras te glorifica y proclama incesantemente tu bondad, no así los corazones de los hombres, que son vasos rebo-

sando en hiel, que al mas leve toque se derrama, cavernas tenebrosas donde toda iniquidad halla cabida y que exhalan sobre el mundo en medio de la oscuridad su ambiente emponzoñado y destructor.—Sinistros pensamientos, no desgarréis mas mi pobre corazon.—¡Dios bueno! ¡Son así por ventura todos los mortales? Mil veces no;—y aun cuando lo fueran,—son mis hermanos; bendícelos, Señor!

LUIS MARTINEZ DE CASTRO.

MISCELANEA

(VULGO)

MESCOLANZA.

México 1.º de marzo.

Amable Querubin.

Tu que todo lo ves, habrás ya reparado que las fachadas de los edificios de esta capital quedaron casi todas enjalbegadas y pintadas desde fines del próximo anterior, en virtud de una orden que al efecto publicaron las autoridades competentes. Como dicha orden comprende á todos los frontispicios sin ninguna excepcion, han creído algunas ciudadanas que aun con los suyos hablaba aquella disposición de policía, así es que he notado con no poca sorpresa, que de dia en dia aumenta el número de fachadas de carne y hueso charoladas de un color de rosa parecido al que tienen las de cal y canto; aunque es de observar que no hay botánico en México que sepa decir qué rosa es y cómo se llama la que tiene tal color.

Famoso chasco llevé el otro dia en la Iglesia pues como estábamos ya en el carnaval y veía yo una tiorra figura, arrodillada, es cierto, pero á mi ver, con careta, me escandalizé en gran manera, aunque bien sé que en Italia es cosa muy comun que al salir de un baile de máscara, se vayan las gentes al templo en derechura. Como tú, amable Querubin, estás encargado en union de Madama Gourgues, del ornamento y policía del mas bello edificio de la creacion, que es la muger, te suplico desahagas la equivocacion en que inocentemente, han incurrido algunas damas, no sea que por fin se cumpla cierto pronóstico que en union de sus herma-

nitos debió haber salido á luz en el primer número del Liceo. Dice así:

"Muchas habrá que se pinten; y no se pondrán coloradas"
Y no sea tambien que tengamos que preguntar en adelante"

"¿Con qué te lavas la cara,"
"Clara, que tan linda estás?"
"¿Con agua clara no mas?"
"¿No mas que con agua, Clara?"

Con cédeme la razon, querubin, y manda á tu amigo.—MALA-ESPIÑA.

El siguiente verso de Milton parece mandado hacer, (bien que no hay peores versos que los mandados hacer) para describir el alumbrado de las calles de México.

No light, but rather darkness visible,
Serves only to discover sights of woe.

Porque en efecto, en dichas calles no hay luz sino mas bien oscuridad visible, propia tan solo para descubrir miserias.

DIALOGO.

—No, pues en cuanto á paciencia no hay quien dispute la palma á los alemanes, á no ser nuestros indigenas; figúrese V. que á un médico alemán, (es hecho histórico) se le vino á las mientes que convenia para el adelanto de su

ciencia contar los cabellos de un paciente suyo, y lo hizo con tal escrupulosidad que, segun dicen, reparó en pelillos.

Pregunta—Pero, hombre, el tal paciente sería tambien alemán, ¿no es cierto?
Respuesta—¡Vaya una pregunta!

Muchos hombres hay que no obstante haber concluido en las aulas el curso de medianos, para el mundo y la sociedad continuan siendo medianistas. Y es de advertir que tales gentes son las que siempre tratan de subirse á mayores; que la necesidad constantemente engendra orgullo, ó mas bien es el orgullo mismo con distinto nombre.

Encontrareis frecuentemente hombres cargados de honores, que no tienen un adarme de honor, en los cuales todo es brillo y esplendor menos su honra, que si alguna tuvieron, está ya deslustrada y marchita, pues los honores suelen hacer con la honra, lo que los alacranes, de quienes es fama que devoran á la madre en acabando de nacer.

Cuando á trueque de pensamientos solo encuentro sonidos en algun escrito muy difuso se me viene al magín un oceano en que solo hay dos ó tres sardinas; y me acuerdo tambien del ridículo estrépito con que figuran la tempestad en nuestros teatros y que, segun entiendo, es causado por una caja vacía de hojadelata.

Los pueblos que inesperadamente salen de la esclavitud, como que no conocen cuan apreciable es la libertad, se conducen por lo comun como aquellas aves que nacieron en una pajarera y que cuando por ventura salen de ella, bien lejos de remontarse por los aires para gozar del don mas inestimable del Criador, se meten insensatamente en la primera jaula vacía que al paso encuentran.—Estos pájaros réptiles no merecen llamarse aves.

Los que delante de mugeres hacen alarde de sus conocimientos y vierlen opiniones exageradas ó erróneas en materia de Religion ó de política, demuestran poco seso y obran ademas como los cobardes que se jactan de animosos en presencia de niños y gente pusilánime.

Suele suceder á los sumamente memoriosos lo que á los jugadores, que ganan y pierden en muy breve tiempo y con igual facilidad.

Los mas de los criticos son como el perro del hortelano; no comen ni dejan comer.

A. N. Gran Cruz de la Real y extendida orden de Plagiarios.

Míralo bien, Nicanor.
Ese es plagio y tu impudencia....
—Eseno es plagio, Señor,
Sino simple coincidencia.

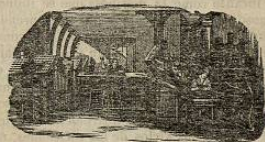
A un verso muy largo y muy desatinado.

—¡Es poema, oda ó que es?
—Yo digo que cientos

Dos plés me habias leído
Cuando te vino la tos,
Y al oírlos he creído
Que te faltan otros dos.

Cuento.

Dos mendigos se espulgaban
En medio de un cementerio,
A la sazón que pasaban
Dos frailes de un monasterio.
—¿Qué hace pues aquella gente?"
Preguntó uno de los Teólogos,
—,Hermano, si son Frendólogos,
Se examinan mutuamente".
„A decir verdad creía"
Dijo el otro, que era esto
„Algo de Entomología"
Y se partió haciendo un gesto.



Aviso á los fieles impresores.

Se hace presente á los discípulos de S. Juan ante portam latinam, que estamos en cuarenta y que por tanto deben apresurarse á lavar entre otras, la culpa en que suelen caer con mas frecuencia, á saber: la muerte por los cuatro costados de levantar falsos testimonios en materia de todos calibres.

Se ruega á los espresados fieles no se consideren ofendidos por que se les da este cristiano aviso ni digan que no era necesario, por haber ellos mismos confeccionado, tanto el cathecismo de Hipalda, como el calendario del presente año.

Y se prohíbe por último á dichos fieles pensar

que quien les hace esta amonestacion probablemente debe el ser escritor á alguna errata de imprenta que se padeció en el libro de los destinos, porque es opinion entre reyes y gobernantes piadosísimos que Guttemberg no pasó si quiera por el purgatorio.

MALA-ESPINA Y BIENPICA.

JUVENTUD.

¡Cuán dulce, qué bella es la edad de los ensueños de amor y de gloria! Ardiente el pecho juvenil se dilata con los placeres, por todas partes encuentra sensaciones dulces, tumultuosas, sensaciones que para él son nuevas y que están llenas de vida y de fuego. Los sufrimientos y las penalidades causan cierto placer al jóven que se empeña en vencerlos; sus quebrantos le son dulces, y sus mas crueles aflicciones se visten ese ropage melancólico y poético que embellece algunos instantes de nuestra vida. Por todas partes concibe el jóven amor; en todas partes busca á la gloria: las bellas y el honor, la hermosura y la nobleza de las acciones son su felicidad, su esperanza, sus delicias y su ambicion. Entónces ese jóven, con sus veinte años de existencia, con su corazon de fuego, con su alma cándida se precipita en el mundo, tan incauto como la mariposa que se inunda de gozo en el mar de colores que se desprende de una bujía; como ella se precipita, y como ella tambien caerá en el fuego y se quemará su alma y acabarán sus ilusiones. Porque el jóven solo vé al mundo al través de un prisma que le pinta los objetos vivos, brillantes, seductores, al través de un instrumento mágico que le oculta los vicios de las sociedades, de los hombres todos; porque ese jóven solo mira el mundo tras el velo que encubre sus ojos, tras ese velo de sus veinte años, de su fe sincera, de su alma ardiente y de su corazon apasionado. ¡Qué bella es para él la vida! Juramentos terribles, sacrificios heroicos, todo lo prodiga, porque cree hallar en cada hombre un hermano, en cada muger un ángel; porque cree todas las protestas falaces de una falsa cortesanía, porque juzga de todos por sí mismo, porque cree que todos tienen las mismas inclina-

ciones que él, los mismos sentimientos. ¡Desgraciado! Quizá hoy se precipita en los brazos de un hombre, llamándole amigo, llamándole hermano; y ese hombre lo arrastrará al garito y ese hombre lo llevará al lugar en que caerá la justicia y te verá confundido entre los criminales; mas todo lo sufrirá, porque ama á los hombres y disculpa sus errores, y porque ese hombre le ha hecho los votos solemnes de la amistad.—Todo lo sufrirá. Quizá arrojado á los piés de esa bella jura el jóven un amor eterno; recibe sin duda un *yo te amo*, recibe un juramento, y su pecho rebosa de placer y su voz le ahoga entre sus lágrimas del delite, del deleite de verse amado, porque ese jóven ha puesto todo su amor en esa muger, porque de ese amor pende su vida. Quizá confiando en las promesas de ese hombre, fia el jóven toda su fortuna, porque es su amigo; y si ese hombre pierde mañana esa fortuna, el jóven lo sufrirá porque lo ama, es su hermano, ambos lo han jurado.—Acaso entrega ese jóven, obligado por la necesidad, á la honradez del hermano, del amigo, el deposito sagrado que se entregará á su honor; y el jóven estará sin temer porque no desconfia de nadie, porque no ha visto al mundo mas que por su lado bello. ¡Juventud, edad dichosa! ¡Cuán dulce eres! ¡Cuán bella! Mas si rompiéndose el prisma encantado, si rasgándose el velo que encubria los ojos del jóven, puede ver claramente al mundo, su desgracia se ha consumado.—¡Qué bella es la edad de las ilusiones! ¿Por qué se acaban? ¡La muger adorada, la muger por quien vivía ese jóven, era infiel: ella ha fallado á sus juramentos, ha engañado.... ella ha desgarrado el velo, ha roto el prisma de las ilusiones juveniles. Ese hombre, de cuyos hechos penden el honor y la

fortuna del jóven, rompe tambien ese prisma encantado, lo ha engañado vilmente, sus ilusiones han acabado; ya no hay ante sus ojos sino crímenes, engaños, perfidias. Veinte años ha visto al mundo como un Eden, veinte años ha sido feliz.—¡Hoy es desgraciado.—¡Qué diferencia tan cruel! veinte años.... Un día mas, y la vida ha acabado y sus ilusiones se han marchitado.—¡Pobre jóven! tu corazon se secará y arderán tus ojos; las desgracias se seguirán unas á otras y te martirizarán y destruirán tu seno.—La dicha ha acabado; eres ya viejo; viejo de veinte años, viejo por tus pesares, viejo ya por tus desengaños;—mas no temas si dudas de los hombres, házles beneficios, son siempre tus hermanos; ama á tu patria, aunque es ingrata; ama á tu familia; el amor tranquilo, el paternal, el amor conyugal te serán de alivio, el estudio te será grato. ¡Pobre jóven!—Tus ilu-

siones acabaron. ¡Ah! tu eras virtuoso por tus ilusiones, sólo ahora por conviccion; es el único consuelo de esta vida, es la ilusion que le queda al hombre despues de sus padecimientos y de sus desengaños; es una ilusion que se convertirá un día en realidad, y ese día será un día terrible: es un día en que se olvida este mundo para no acordarse mas que del mal que ha hecho. Ese día es el día del descanso, es la única y verdadera felicidad.... ¡Es la muerte, pobre jóven!—J. M. DEL CASTILLO.

Si fuera yo juez, el temor de sentenciar á un hombre que habia robado porque sus hijos hambrientos le pedían pan, me haría perdonar á todos los ladrones.

El rico recibe con un hijo la bendiccion del cielo; el miserable vé escrita en la frente de los suyos, su desgracia, su maldiccion!

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. MARTIN ENRIQUEZ DE ALMANZA.

La mentida conspiracion del marqués del Valle, y la conducta apasionada y cruel que observó la audiencia en el exámen y determinacion de los procesos habian llenado de sobresalto los ánimos de los habitantes de la Nueva-España. Calmóse un tanto esta inquietud con la venida del virey, marqués de Falces. De alma bondadosa y enemigo de medidas estremas, no era extraño que D. Gaston de Peralta reprobase las tomadas por la real audiencia, ni que apenas entrado en el gobierno, tratase de remediar los males que ellas habian causado. La calificacion que esta reforma importaba de los actos de un cuerpo orgulloso, apegado al mando y no muy resignado á desprenderse de él, la vergüenza por que se le hacia pasar con la reprobacion pública de sus procedimientos; y cuando no fuera otra cosa el deseo natural que tenemos todos de concluir por nuestras mismas manos la obra que hemos empezado, empeñaron á la audiencia en buscar un medio

que la salvase de nuevas humillaciones, é hiciese respetable, y sagrada su autoridad en lo sucesivo.

La desconfianza era uno de los rasgos característicos de Felipe II. Ella lo hizo mostrar mas de una vez ingrato para con sus mejores vasallos. Fácil fué por lo mismo á la audiencia y sus parciales, introducir la duda en el corazon de aquel monarca, sobre la lealtad de su virey. Acusaron á este de favorecer las miras de los conquistadores, de haber enviado á España al marqués del Valle y á su hermano D. Luis, para que no tuviese lugar en ellos el castigo que merecian por su crimen; en una palabra, de querer levantarse con el reino. Tan graves como calumniosos eran estos cargos: Peralta que apenas revestido del mando, habia escrito al soberano, informándole del estado en que encontró los negocios de la Nueva-España, y de la conducta prudente y templada por medio de la cual habia logrado

calmar los ánimos harto conmovidos con los recientes trastornos, no debía temer daño alguno de los falsos informes de sus contrarios. Importaba á estos por lo mismo que las cartas del virey no llegasen al trono. No vacilaron, pues, en interceptarlas villanamente, y lograron que se presentase ante él solo la acusación, no la defensa. Menguadamente obró entonces la corte, y no bastaron ni bastarán nunca á disculpar su ligereza las estériles satisfacciones que después se dieron al virey. Sin esperar á que este contestase á los cargos que se le hacían, despachó de jueces pesquisidores á los licenciados Jaraba, Muñoz y Carrillo, con instrucciones de que luego que llegasen á la Nueva-España, hiciesen saber á Peralta su destitución, y gobernases según la antigüedad de su nombramiento, mientras se enviaba nuevo virey. Jaraba, el primer nombrado, falleció durante la navegación; y por su muerte pasó á Muñoz el cargo de visitador.

¿Cuál no sería el asombro de Peralta al recibir la real cédula de que era portador Muñoz! El monarca que así desconocía sus servicios, obraba engañado. Tal fué el primer pensamiento que ocurrió á su alma generosa; y persuadido de ello, trató empeñosamente de conocer la intriga de que había sido víctima. Averiguóla bien pronto, hizo público el vilmanejo de sus enemigos; y dispúose á partir en cumplimiento del mandato real.

1568.—La época del gobierno de Muñoz fué una época de terror. Autorizado para conocer de los procesos pendientes, llegó su crueldad hasta un punto que hizo aparecer humana, en comparación suya, la anterior conducta de la audiencia. No bastando las cárceles para contener el número de los reos, mandó construir nuevos calabozos, pero tan estrechos, húmedos y pestilentes, que un siglo después, conservaban todavía el nombre funesto del visitador. Condenó al último suplicio á personas de las familias mas principales: hizo dar tormento á D. Martín Cortés hermano por parte de padre, del marqués que había quedado en México con poderes de su hermano, y á otros muchos sujetos, cuyo crimen consistía únicamente en relaciones inocentes con los supuestos conspiradores. No podía, pues, ser mas violenta la situación de los habitantes de la Nueva-España, y licito es conjeturar que si se hubiera prolongado por mas tiempo, se hubieran perdido los frutos de la conquista. La audiencia misma motora y causa principal del nuevo gobierno, jamás había pasado por tantas humillaciones; y ella que creyó mancillada su dignidad con las

prudentes providencias del Marqués de Palces, al considerar ahora el desprecio con que era tratada por el visitador, debió ver en él el castigo de su villana conducta para con Peralta.

Por fortuna llegó á la corte la noticia de los crímenes del gobernador Muñoz; é inmediatamente se trató de poner remedio á ellos. Hallábanse allí á la sazón los oidores Villanueva y Vasco de Puga que el visitador Valderrama había hecho salir de México; y fueron nombrados para llevar con toda diligencia la real cédula en que se ordenaba á Muñoz que á las tres horas de haberla recibido dejase el mando en manos de la audiencia y viniese á España á dar cuenta de su manejo. Villanueva, y Vasco de Puga llegaron á México el martes santo 13 de abril, y dieron al punto parte á la audiencia de los recados que traían contra Muñoz. Grande fué el gozo que la causó esta nueva; pero era tal el miedo que aun caído le tenían, que nadie quiso encargarse de notificárselos. Por fin después de un largo debate, resolvió el acuerdo que los oidores recién llegados, acompañados del secretario Lopez de Aburto hiciesen saber el real mandamiento al visitador. Habiase éste retirado á pasar la Semana-Santa al convento de Santo Domingo, y á él se dirigieron los comisionados al amanecer del día siguiente. Mucho tiempo esperaron antes de entrar; y el recibimiento descortez é insultante que Muñoz les hizo, pues apenas se dignó inclinarse levemente la cabeza, les dió aliento para desempeñar su encargo. Ejecutólo Villanueva, sacando del pecho la real cédula y mandando al secretario la leyese en voz alta. Quedóse pensativo el visitador luego que la hubo oído, como negándose á dar crédito á la realidad que estaba palpando. El asombro de Muñoz no era como el de Peralta en un caso semejante el de aquel que va á sufrir una persecución inmerecida é inesperada; sino el del criminal que se siente herido del golpe cuando lo creía lejano. Al cabo de un rato contestó que obedecía; y aquel hombre que pocas horas antes se creía igual á un monarca, debió solo á la caridad de algunos vecinos el hacer, acompañado de Carrillo, el viaje en coche hasta Veracruz. Juntos partieron en una flota, que estaba para darse á la vela, los dos jueces y D. Gaston de Peralta. Llegados á la corte desvaneció éste cuantos cargos le imputaron y dejó satisfecho al rey de su conducta. Es fama que cuando Muñoz pretendió á su vez sincerarse, Felipe II. le dijo con enojo: "Os envié á indias á gobernar, no á destruir;" y le volvió la espalda sin querer escuchar mas razones. Aquella misma noche mu-

rió el visitador repentinamente.

Las desgracias pasadas habían enseñado á la audiencia á ser ménos arrogante y exclusiva; y en los breves días que quedó encargada del gobierno, por la partida de los visitadores, observó una conducta prudente y templada. En octubre de ese mismo año se supo haber llegado á Veracruz, el nuevo virey D. Martín Enriquez de Almazán, el cual, luego que hubo arrojado á los ingleses de la Isla de Sacrificios de que estaban apoderados, emprendió su marcha para México, é hizo su entrada en esta ciudad en 5 de noviembre.

1569.—Objeto de todas las esperanzas, D. Martín supo merecerlas, y hacer que no fueran ilusorias. Logró calmar los ánimos, y desde los principios de su gobierno dió á conocer que no pensaba seguir las huellas de los anteriores. Mudados los oficios de policía, tocaron en este año las alcaldías de mesta á Hernando Gutierrez Altamirano y á Juan Guerrero: las ordinarias á Diego Ordaz y al Br. Nuñez; la procuraduría mayor, á Gerónimo Lopez; el cargo de obrero mayor, á Francisco Mérida; el alferazgo real, á Jorge Mérida; la procuraduría de corte, á Melchor Legaspi; y la escribanía de cabildo á Tomas Justiniano. Una disputa que se suscitó entre los frailes de S. Francisco y algunos clérigos, con motivo de pretender estos se volviese á su convento la procesion en que por costumbre antigua iban aquellos á la Iglesia de Santa Maria la Redonda, vino á alterar por un momento la paz de que comenzaba á disfrutar la ciudad. Fueron vanas cuantas diligencias se hicieron para lograr un avenimiento: vinieron á las manos, tomando los mexicanos la defensa de los frailes, y no sino después de alguna desgracia logró restablecerse la tranquilidad. Cualquiera medida de rigor en aquellas circunstancias hubiera sido de funestas consecuencias; contentóse por lo mismo el virey, (y era tambien lo mas conforme á su natural bondad,) con imponer penas muy leves á los principales culpables en aquel alboroto. En este mismo año fundó Bernardino Alvarez, previas las licencias necesarias, el hospital de San Hipólito.

1570.—Asuntos graves ocuparon á Enriquez en el siguiente. Causaban los chicimecas largo tiempo hacia graves daños en el interior; sin que hubieran permitido poner remedio á ellos los celos y miserables intrigas de que entonces se ocupaban las autoridades. La impunidad aumentaba su osadía, y los males eran cada vez mayores. No satisfecho el virey con haber mandado á Juan Torres de Lagunas, alcalde mayor

de aquella comarca, que reuniese las milicias; y saliese á castigar á los rebeldes, quiso él mismo participar de aquella jornada, y partió á incorporarse con el alcalde. Ignóranse cuáles fueron los resultados de su cooperacion; mas se consiguió su objeto, pues se obligó á los indios á dejar libre aquel territorio, después de haberles hecho un gran número de muertos. La historia de aquellos tiempos que tiene tantas páginas manchadas con crímenes, tiene tambien algunas que interesa conservar para honor y consuelo de la humanidad. La ley de la imparcialidad impone al historiador el deber de presentar unas y otras en toda su deformidad ó belleza. Mal pudiéramos, pues, omitir un rasgo que hará cara para siempre la memoria de D. Martín Enriquez. En medio de los horrores de la campaña, tuvo particular cuidado este virey de que no se hiciese daño á los niños indios que caían en manos de los soldados, y concluida la jornada los hizo traer á México, y los distribuyó entre las familias ricas para que les dieran una educación cristiana. Con el objeto de defender el pais de nuevas invasiones, fundó en el mismo teatro de la guerra una colonia, á la que llamó de San Felipe, en honor sin duda de su soberano; y le dió el título de villa.

1571.—1572.—1573.—Tal era el estado de los negocios cuando llegó á México el Sr. D. Pedro Moya de Contreras con el cargo de inquisidor, enviado por Felipe II para establecer el tribunal de la fe en esta ciudad. Temeroso el monarca de que las ideas que entonces proclamaba en Europa la reforma, lograsen partidarios en la Nueva España, hizo á sus habitantes este funesto presente. Luego que la audiencia examinó los recados de Contreras, se procedió á nombrar los oficiales y dependientes del Santo Oficio; lo cual se verificó con gran solemnidad en la Iglesia de Sto. Domingo. A poco llegó tambien el Dr. Pedro Sanchez, jesuita, con otros varios religiosos de la misma órden; contaban con el favor del virey, que siempre les tuvo mucha afición, y con el de las corporaciones y particulares mas respetables, de suerte que no les fué difícil llenar cumplidamente su mision. Fundó el Dr. Sanchez el colegio en unas casas que le cedió Alonso Villaseca, y se trasladó á ellas con su comunidad el día 24 de diciembre de 1572.

Por este tiempo estableció Enriquez la albalala; y aunque los mercaderes se opusieron á esta medida, nueva enteramente para ellos, ategando que con ella se daba un golpe mortal á sus giros, no por eso pudieron conseguir

que el virey la suprimiese; porque este juzgaba, y no sin fundamento, que el comercio habia llegado á un punto de robustez en que no podian acabar con él providencias de este género.

1574.—1575.—Mas no encontró igual resignacion de parte de las órdenes mendicantes. Habia recibido D. Martin una real cédula, en la cual se le ordenaba, que no fuese admitido en estos países ningun prelado que no trajese la competente licencia del consejo de Indias, ó que no la presentase á las autoridades civiles para tener su beneplácito ántes de empezar á ejercer su ministerio: que se obligase á los de Nueva España á dar cada año una cuenta exacta del número de monasterios y religiosos que hubiese en ellos,—con espresion de su edad, calidad, y del género de ejercicio en que se empleaban; se mandaba por último, que los prelados avisasen al virey ó la audiencia, cualquiera variacion que intentasen hacer en los cargos conferidos á sus súbditos. Las órdenes creyeron que con esto se atacaban sus privilegios y exenciones; y que la autoridad temporal metia su hoz en mies agena, pretendiendo alterar lo que ya estaba establecido por las leyes eclesiásticas y por las de sus institutos, únicas á cuya obediencia podia estrechárselas en esta materia.—Así lo representaron á la corte por medio del comisario que en ella tenian, haciendo un gran alarde de los importantes servicios que habian prestado y continuaban prestando á la religion y á la corona. Apoyó todas sus razones Fr. Domingo de Salazar, obispo de Filipinas, y alcanzaron por fin que se sobreeseyese en el asunto, conservándose las cosas en el mismo estado. Mas que por la justicia de su resistencia, movióse la corte á no llevar al cabo estas providencias por la escasez que entonces habia de misioneros, y por consideracion debida, sin duda alguna, á personas tan beneméritas.

1576.—1577.—En esto se entendia, cuando comenzó á anunciarse una peste entre los mexicanos, la cual, creciendo rápidamente, acabó con millares de familias. Ignórase cuales fueron sus causas, y cuál el lugar que primero sufrió sus estragos. Lo que se sabe es que recorrió casi todo el territorio de la Nueva España, y que no bastaron á detener sus progresos ni á precaver sus efectos, ni los auxilios de la ciencia, ni la vigilancia y esmero de las autoridades. Sus síntomas consistían en un fuerte dolor de cabeza, al cual seguia calentura, sintiéndose al mismo tiempo un ardor que abrasaba al paciente y que nada era capaz de aliviar. Ningun apestado llegaba al séptimo dia;

todos morian en tan breve tiempo. Notóse entonces que no mas entre los mexicanos cundia la epidemia, y que solo uno que otro español fué su victima. Esta circunstancia hace que no aparezca heroico el celo con que estos asistieron á los enfermos; no obstante, no necesitaba de este nuevo mérito para que le consagraran un recuerdo de gratitud. Distinguiéronse especialmente las señoras en acudir con socorros de todo género á los pacientes, y esta conducta noble y desinteresada les granjeó la estimacion y el reconocimiento público. Habian pensado el virey y el arzobispo en levantar hospitales, pero era inútil este arbitrio, porque á esto estaban reducidas las ciudades, los pueblos todos. Creese que llegó á dos millones el número de los muertos. Fuése calmando un tanto la peste, luego que cesaron las lluvias; y á la entrada del invierno de 1577, habia ya casi desaparecido.

1578.—1579.—En este año mandó Enriquez que no se cobrase á los indios el tributo que debian pagar anualmente, cuya providencia no contribuyó poco al alivio de aquellos desgraciados. Mas no limitó á esto su atención paternal el virey. Apesar de las humanas leyes dictadas por los reyes católicos para mejorar su situacion, y contener á los encomendados, apesar de las frecuentes amonestaciones y reclamos de sábios y respetables misioneros, la raza conquistada sufría grandes vejaciones y trabajos. En las minas era donde se trataba á los indios con mas crueldad. En ellas estaba cifrado todo el porvenir de aquellos ávidos especuladores y á juzgar por los cortos momentos de reposo que permitian á los indios, no parecia sino que habian de disfrutar todos los tesoros que encerraba en sus senos la Nueva España. El virey trató, pues, de remediar estos abusos, y para ello mandó que no se les obligase á permanecer en las minas exclusivamente, sino que ántes bien se les diese tiempo suficiente para cuidar de sus propios haberes y trabajar en el beneficio público, pagándoseles el competente salario.

Esta conducta benéfica y prudente iba haciendo renacer la esperanza de alcanzar mas felices dias. Los últimos de su gobierno fueron turbados por una ocurrencia que conviene mencionar. Habia ido á ver á D. Martin el comisario de los franciscanos, Francisco Rivera, para tratar con él de un negocio. El virey le hizo esperar largo rato, y al cabo no le dió audiencia. Creyó el comisario que este era un desaire á su comunidad, y habiéndosele ofrecido á pocos dias predicar en la Catedral, dijo

en el sermon estas palabras con ánimo de zaherir al virey: „en palacio á todos se iguala, ni se hace diferencia entre eclesiásticos y seculares.“ Enriquez, que conoció inmediatamente la intencion del religioso, se quejó al acuerdo y pidió su castigo. La audiencia libró una orden para que Rivera marchase á España. Para eludir aquella pena juntó el comisario á todos los religiosos, y cantando el Salmo *in exitu Israel de Egipto* salieron en procesion de la ciudad, y en el mismo órden tomaron el camino para Veracruz. Supo por entonces reprimir el virey su enojo, y escribió á Rivera en térmi-

nos muy comedidos que se volviese, que los ánimos andaban alterados con este escándalo; y que se le haria la justicia que reclamaba. Volvió en efecto el comisario, y á poco recibió una cédula del monarca para que marchase á España, pues estaba informado por su virey de los grandes atentados que habia cometido.

1580.—La abundancia de lluvias causó este año una inundacion en la ciudad, y entendia D. Martin Enriquez en la construction del canal de Huehuetoca, cuando fué promovido al vireinato del Perú.

ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON.

LA MIRADA DE AMOR.

ERA la tarde: sentado
De un castillo junto al muro
Tierno canto de amor puro
Entonaba un trovador;
Y así cantando decía
Al son del arpa sonora:
„Mas no te pido, señora,
Que una mirada de amor.“
Ya la noche se acerca,
Y del sol en tus almenas
Débil rayo toca apenas,
Eclipsando su fulgor:
No hagas que á mi vista robe,
Tendida la nieta oscura,
La espresion de tu ternura
La mirada de tu amor.

„Acude ¡hermosa! ninguno
Ha de amarte cual yo te amo:
Oye el sentido reclamo
De tu constante amor:
Yo entretengo tus desvelos,
Entonando dulce canto;
Y tú... me niegas en tanto
Una mirada de amor.“

„Yo he lidiado en Palestina
Y de gloria me he cubierto,
Al volar por el desierto
Mi corcel batallador;
Pero muy mas me enagena
Que del triunfo los loores
De tus ojos seductores
Una mirada de amor.“

„Cuando tras duros encuentros
Volví á tus muros triunfante,

Vi tu angélico semblante
Encendido de rubor.
Tú apenas me dirigiste
Una lánguida mirada,
Que era del cielo inspirada,
Que era mirada de amor.“

„Hermosa mía! si ornara
Mi sien alta corona;
Si de la una á la otra zona
Fuera absoluto Señor;
De tus encantos llevado
Trocaría mi grandeza
Por tu mágica belleza,
Por tu mirada de amor.“

„Oye benigna, Señora,
Los tristes suspiros míos:
Que yo temo tus desvios
Mas que del moro el furor:
Que yo rendido te adoro,
Que yo pongo mi ventura
En mandarte mi ternura
Y una mirada de amor.“

Ruido entonces se apercibe;
Y una ventana se abre,
Do la dueña aparecia
Del alma del Trovador.
La voz cesó: brilla luego
De la hermosa enamorada
Una lánguida mirada,
Una mirada de amor.“

M. T. FERRER.

México Marzo de 1844.

ELECCIONES INGLESA.

(HISTORIA DE 1841.)

siguiendo el camino que se estiende de Derby al pequeño pueblo de Dumphrey, sir Jorge Averson se entregaba por la primera vez de su vida a reflexiones bastante serias. Por la primera vez se encontraba en una situación grave y solemne. El galope de cuatro caballos que tiraban de su silla de posta, lo llevaba á un mundo nuevo. Hasta esta época, sir Jorge se habia consagrado enteramente á los ejercicios cómodos y fáciles de una vida holgazana; habia sobresalido en Londres en las prácticas elegantes de la moda y de los placeres, disipando alegremente su fortuna, y aun alguna cosa mas. En el curso de esta brillante existencia, habia viajado con frecuencia; pero siempre para su recreación; un viaje á negocios era para él una novedad, y por esta razon encontraba en él un cierto encanto. ¿Que irá á hacer sir Jorge á Dumphrey? La respuesta á esta pregunta era un secreto que las gacetas no podian tardar en descubrir al público.

Ya hemos dicho que sir Jorge se habia dejado llevar por sus prodigalidades, mas allá de lo que le permitian los límites de su fortuna. Despues de haber devorado su capital, habia tambien agotado su crédito y la paciencia de sus acreedores. Sifido por una formidable artillería de memorias y letras de cambio, batido en brecha por todos lados, reducido á rendirse por hambre, ó á dejarse asaltar á viva fuerza, el héroe se vió obligado á dirigirse á uno de sus parientes, cuya opulenta benevolencia lo habia socorrido en otras ocasiones en circunstancias bien criticadas; pero los parientes mas generosos se cansan al fin como los acreedores mas considerados, y aquel le habia respondido que estaba pronto á hacer un último sacrificio de tres mil libras esterlinas pero con la condicion expresa de que esta suma seria bastante para regularizar la posición de su gobierno. Sir Jorge, pues, debia mas de veinte mil libras, y no siendo negociante, no podia ser admitido al beneficio

de una bancarota. Una prision por deudas era inevitable, y nuestro desgraciado zángano, viendo aproximarse el momento fatal, procuró distraerse y disfrutar de lo que le quedaba. Arroja con indiferencia sus últimas monedas de oro, sobre la carpea verde del Club Crockford, y despidiéndose así del juego que lo habia maltratado en su prosperidad, encontró un buen cambio; ganó en una sola tarde cinco mil libras esterlinas.

Con este dinero podia entretener á sus acreedores por algunos meses; pero las apuraciones debian renacer despues. La fuga y un viaje por el continente no le ofrecian recursos mas durables; acostumbrado á vivir ampliamente, habria bien pronto acabado con su pequeña fortuna, y entonces ¿qué seria de él? Incierto del partido que debería tomar, sir Jorge que rarisimamente pensaba en la política, abre maquinalmente un periódico, y lee á la cabeza de la primera columna un artículo que anunciaba la disolucion de la camara de los comunes. «¡Nuevas elecciones! ¡I ved ya mi negociol! grita el favorecido jugador.» Las cinco mil libras que heganado, y las tres mil que me dará mi tio, son suficientes para librarme de las garras de mis acreedores. Estoy bastante rico para arrancar una mayoria y ponerme á cubierto bajo la inviolabilidad parlamentaria.»

Este medio practicado tan frecuentemente por los disipadores ingleses ofrecia á sir Jorge grandes ventajas. Con astucia y algunas capitulaciones de conciencia, debia asegurar su posición y rehacer su fortuna. Ya no piensa mas que en escoger bien el terreno para no perder sus avances, y en emprender el camino mas practicable. Entonces sir Jorge se entrega á estudios profundos de geografia política, y despues de haber recorrido el mapa, se fija en el lugarejo de Dumphrey que reunió, para él, condiciones muy preciosas: electores en poco número: un país pobre: can-

didatos oscuros y poco temibles: y en fin la vecindad de un magnifico castillo habitado por lord Stamy, que ejercia una influencia notable en la comarca.

Despues de un maduro exámen y cálculos tirados sobre buenos informes, sir Jorge agarrada como cierto el buen éxito. El procurador encargado de sus negocios se compromete formalmente á entretener á los acreedores por tres semanas. Este era un tiempo mas que suficiente para poder llegar al punto. El candidato, pues, parte alegremente para Dumphrey llevando su eleccion en la cartera. ¡Feliz pais donde se puede uno elevar al rango de legislador, y asaltar un asiento en el parlamento con el producto del juego.

Siguiendo su camino sir Jorge se abandonaba á sueños dorados; el porvenir le parecia adornado de los mas resplandecientes colores: la eleccion era á sus ojos una comedia llena de escenas divertidas.—Yo sé bien mi papel, decía, lo desempeñaré con seguridad; seré complaciente, liberal, elocuente y daré un buen convite á mis electores, me aplaudirán, y llegaremos sin dificultad á un fin facil y previsto.

El carruaje se detiene para mudar caballos.

—¿Donde estamos? pregunta sir Jorge.

—En Ferness.

—¿Cuántas millas hay de aqui á Dumphrey?

—Veinte y ocho. Llegará V. ántes que se ponga el sol.

—Pues caminemos, poned buen tren. Yo pago doble.

El postillon iba á lanzar sus caballos, cuando un correo que venia á toda carrera le hizo señal de que aguardase, y presentándose á la portezuela del carruaje dijo: «¿Quien es sir Jorge Averson.»

—Yo.

—Ved una carta que os dirige M. Hopkins.

Sir Jorge la abre y vé que no contenia mas que estas cortas palabras.

«¡Deleneos en Ferness, ó en otra parte, y disponese para no llegar á Dumphrey sino de noche. Yo os aguardaré.»

Hopkins era un agente electoral á quien sir Jorge habia encargado sus intereses. Este aviso hubiera producido inquietudes á candidatos vulgares, pero sir Jorge estaba dotado de una confianza cuya serenidad ninguna cosa podia turbar.

Este diablo de Hopkins, decía para sí, es hombre misterioso. Está disponiéndose indudablemente alguna sorpresa.... Si, ya veo

lo que esto pueda ser: quiere que yo llegue de noche por que me ha preparado una iluminación. Sea así, aguardaré para hacer mi entrada triunfal en mi buen lugar de Dumphrey.

Ocupado de esta idea que halagaba su amor propio, sir Jorge se resigna facilmente á pasar dos horas en el pueblo de Jerness. Al caer el día, se puso en camino y su sorpresa fué grande cuando al aproximarse á Dumphrey advirtió que toda la población estaba envuelta en las tinieblas mas profundas. Un hombre lo aguardaba en el camino: este era Hopkins.

—Descended de vuestro carruaje, le dice el agente electoral, y venid á pié conmigo. No seria prudencia hacer ruido.

—¿Porqué es esto? le pregunta sir Jorge que comenzaba á perder una parte de sus ilusiones.

—Es porque nuestros adversarios no duermen mas que con un solo ojo.

—¿Y bien! mi presencia sola ¿no debe confundirlos?

—Sin duda; pero en atención á que es seguro vuestro triunfo, podrian vengarse, haciendo un pesado recibimiento.

—Y mis amigos ¿no están para hacer que estos bellacos entren en razon?

—Vuestros amigos no los serán sino cuando háyais contado con ellos.

—Yo tengo lo necesario para asegurarme de su adhesion.

—¿Cuanto traeis?

Seis mil libras esterlinas á mas de las dos mil que ya os envíe.

—Es bien poco, para la tasa en que están los sufragios hoy. ¡La mercancia electoral sube de precio todos los dias! Me he dirigido ya á los whigs y á los torys; casi casi están al mismo precio. Sin embargo, por la cantidad, me ha parecido que haria mejor mercancia de torys, y he hecho mis ofertas y mis demandas á este partido. Pero tendríamos, puede ser, mucha dificultad en salir de este paso con ocho mil libras.

—Con todo esto, por esta suma siempre se ha podido poner un sitio al parlamento.

—En otros tiempos esto era nada; pero ¡la industria ha hecho tantos progresos! Si esta continúa, las voces concluirán por ser tan caras en las elecciones como en la ópera. Los electores se harán pagar como los tenores.

—Los dilettanti políticos se harán entonces bien raros. La Inglaterra no será bastante rica para gozar del gobierno constitucional.

—Yo me lo tomo. Pero de aqui allá tene-

mos bastante tiempo, y tomando bien nuevas medidas, comprando á bajo precio algunos votos de deshecho, podremos aun llegar. Yo ya he hecho un buen empleo de las dos mil libras que me mandásteis; he dado arras á algunos centenares de electores que aguardan el libramiento completo de sus sufragios. La nota de este gasto monta á novecientas libras.

—Restan mil cien.
—Además, he alquilado la hospedería de las armas de Escocia, donde vuestros electores serán alojados, y donde se les dará de comer y de beber á vuestras expensas. Por esto me han pedido cien libras; á cuenta de trescientas del convenio.

—Novecientas y trescientas hacen mil y doscientas.
—Aguardad. He alquilado en vuestro nombre la principal casa del lugar, y pagado íntegramente el precio del alquiler de tres meses á razón de cincuenta libras por mes.

—¿Tres meses decís? Es inútil; las elecciones no duran mas que quince días.

—Es necesario tener todo previsto, podeis ser detenido por mas tiempo en Dumphrey.

—¿Cómo?
—Seguramente. ¿No podeis recibir en la lucha electoral alguna herida grave que os ponga en la imposibilidad de regresar inmediatamente á Londres.

—Verdaderamente no habia yo pensado en este peligro.

—Tranquilizaos. He hecho venir, y siembre á vuestras expensas, al mejor cirujano de Derby, un hombre admirable para las amputaciones. Estará á vuestras órdenes por todo el tiempo de las elecciones.

—Esto os asegurarse mucho!

—No estodo. He hecho establecer en vuestra casa una botica completa, y cieno cincuenta camas, donde serán recibidos y asistidos los vuestros que salgan contusos. Se pondrá arriba de la puerta un rotulon con estas palabras: *Hospital para los electores del honorable sir Jorge Abernon*. Esta es una atencion delicada que no puedo dejar de producir un efecto excelente.

—¿Por el contrario! Esta precaucion va á espantarlos.

—Todo es debido, ellos lo aguardan. Saben los riesgos que corren, y hay gentes honestas que lo recibirán por su dinero. Muchos de ellos han pasado ya por esta prueba, y llevan honrosas cicatrices. El país es célebre por su calor

en este género de negocios. Tenemos en Dumphrey un gran número de mancos, cojos y tuertos, reducidos á este estado por las elecciones. Ved por qué son tan caros los sufragios. Hay lugares en que el simple voto es mas barato, pero se estipula una indemnizacion á los heridos y á la familia de los muertos: aquí muertos ó heridos nada tienen que reclamar, lo que no deja de ser una buena economía... Recapítulemos: el alquiler, el cirujano, la botica, el hospital hacen quinientas libras, que unidas á las mil doscientas contadas ya, suman mil seiscientas. A mas de esto, he depositado doscientas guineas en casa de un notario para el caso eventual que haya de repararse la casa que habitareis.

—No he comprendido bien este artículo.
—Nada hay mas claro. Inevitablemente los vidrios de vuestra casa serán rotos desde el primer día, y no tendréis la simpleza de hacerlos reponer inmediatamente, y asi este será un solo gasto.

—¿Romperán tantos que llegue á doscientas guineas de vidrios?

—No; pero es cierto que el estrago no se limitará á esto. Romperán tambien las ventanas y las puertas. He dado fianza segun se acostumbra por esos pequeños deterioros; si acontece algo de mas importancia...

—¿Qué cosa?

—Si por ejemplo, como ha acontecido innumerables ocasiones, la casa es demolida, el propietario tiene su recurso contra vos: en esto no cabe duda, pero ha tenido la delicadeza de no exigir ninguna garantia para este caso excepcional: se contenta con su derecho y accion que los tribunales le dan contra vos, si nó le ejecutáis de buena gana. Es verdad que la cualidad de representante de la nacion os pone á cubierto por algun tiempo; pero tambien lo es que vuestro encargo no es eterno.

—Si mal no cuento, tenéis que justificarme el empleo de cien libras.

—Ved mi memoria en la que encontraréis el detall, esta suma se ha gastado en pequeñas partidas...

—Veamos: por un sombrero forrado en cobre... tres guineas, por una cota de maya veinte guineas.

—Si, vuestro traje el día que habéis sobre los *Hustings*. La cota es muy flexible y se pone debajo del vestido. Esta os defenderá. Es necesario estar armado de punta en blanco en estas ocasiones. Son honderos hábiles, y probablemente nó os escusarán algunas piedras lanzadas con mano segura. Estando bien equi-

pado, estareis libre de contusiones, y los golpes no os impedirán proseguir vuestro discurso. Solamente tendréis que proteger vuestra cara, la costumbre desgraciadamente no permite llevar una máscara ó una visera. Pero encasquetándose bien el sombrero y metiendo bien la barba en vuestra corbata, no dejaréis mas que un peduño blanco á vuestros tiradores. El mas grande peligro existirá cuando descendais del tablado; mas si vuestros adversarios se muestran muy animados contra vos, hareis venir un escuadron del regimiento de dragones que se halla en Derby. Sobre este particular ya he escrito al coronel. Con los dragones habrá indispensablemente una batalla; pero esto nada importa; puesto que no tenéis que dar ninguna indemnizacion á los heridos y á los muertos. Ya no nos resta mas que un mal, y es, que la fuerza armada os costará bien trescientas libras, y entonces no os restan para los sufragios mas que seis mil. Si nó tenéis un número considerable de votos gratuitos, no saldremos bien con nuestra empresa. Segun me parece, os he oido decir que lord Stamby apoyará vuestra pretension. Esto será bastante. Lord Stamby dispone de cuatrocientos sesenta y ocho votos. Pero ¿cómo lo habeis decidido en vuestro favor?

—Lady Stamby es la que me ha prometido la proteccion desumarido.

—¿Le habeis hecho la corte? Esto es ser hábil. Por otra parte, ¿es tan coqueta! ¿Qué lástima que ya tenga cincuenta años! Es necesario, absolutamente necesario que vayais al castillo á recordar á Lady Stamby su promesa,

la que ella cumplirá si os conducis como conviene con ella. Un candidato debe ser ciego é intrépido.

—¿Cómo! ¿vois creis?
—Cerrad los ojos, sed bravo, y nada os detenga, con tal que venzáis. Mis deseos os seguirán y arrancaré para vos sufragios, mientras que venecis allá abajo... A propósito, ¿habeis traído vuestras armas?

—En mi carruaje tengo pistolas de viaje.
—El mayor Hogarthy, uno de mis amigos, os presentará sus espadas y pistolas de combate: tambien se ha puesto garbosamente á nuestra disposicion para servirnos de segundo con migo en todos los duelos que tendréis.

—¿Todos los duelos decís?
—Siete é ocho solamente, es indispensable. Muchos de vuestros adversarios políticos se han hecho inscribir en vuestra casa. Este es un medio de deshacerse de un competidor: pero nosotros los haremos entrar en razon. Vos habeis hecho ya vuestras pruebas, ya, ya lo sé, y tambien que vos sois un campeon fuerte y temible.

—Si, mi querido Hopkins, y todo lo que me habeis dicho ha sido bastante para inspirarme una buena resolusion. Enviad á buscar los caballos.

—Vuestro carruaje está listo.
—Entónces yo parto, adios.

—¿Para el castillo de lord Stamby?
—Para Douvres, y de allí para Paris, donde aguardaré con las seis mil libras que me restan la herencia de mi tio.

(Traducido para el Liceo por J. P. T.)

ESTUDIOS HISTORICOS.

NAPOLEON.

PRIMERA ABDICACION.

Los años de 1812 y 813 habian pasado con grandes desengaños y terribles recuerdos para el genio que legó su nombre á su siglo. Las legiones de este genio invadieron en el primero la Rusia: los soldados que las componian en su mayor parte, habian sido vencidos por él en Areole, Marengo, Austerlitz y Jena. En dife-

rentes idiomas se escribia la órden del día, que tenia por objeto obedecer la voluntad de un solo hombre: ese hombre era *Napoleon*. Los soberanos de esos soldados casi le hicieron en Dresté, el servicio de edecanes. A su voz todo era vida y animacion: su presencia electriza aquellas masas, que marchaban con